

Dos destinos, un sólo trayecto a un viaje académico

*Addis Abeba Salinas Urbina*¹

Departamento de Atención a la Salud.

Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco

Resumen

Inicio este relato cuando intento organizar mis pensamientos para ubicar cómo llegué a Ho Chi Minh, Vietnam en 2005. Como profesora de medio tiempo en una institución de educación superior, carecía de recursos personales e institucionales para realizar un viaje tan caro a un país tan lejano. Sin embargo, había dos aspectos que me llevaban a pensar en esa posibilidad: el trabajo tan interesante que realizaba un grupo de mujeres académicas de diferentes nacionalidades perteneciente a una Red de Universidades, y mi deseo generado en la infancia de viajar por el mundo, a partir de una excursión a Disneylandia a los 12 años de edad. Un recorrido por esos dos viajes ilustra los trayectos, apoyos y experiencias que me llevaron a identificar el camino que he seguido en mi proceso de autonomía y de desarrollo profesional.

Palabras clave: autoetnografía, profesora universitaria, México, viajes académicos

Dois destinos, um só trajeto para uma viagem acadêmica

Resumo

Começo essa história quando tento organizar meus pensamentos para localizar como cheguei a Ho Chi Minh, Vietnã, em 2005. Como professora de meio período em uma instituição de ensino superior, não dispunha dos recursos pessoais e institucionais para fazer uma viagem tão cara a um país tão distante. No entanto, houve dois aspectos que me levaram a pensar sobre essa possibilidade: o trabalho muito interessante realizado por um grupo de mulheres acadêmicas de diferentes nacionalidades pertencentes a uma Rede de Universidades e meu desejo, desde a infância, de viajar pelo mundo, a partir de uma excursão à Disneylândia aos doze anos de idade. Um passeio por essas duas viagens ilustra os trajetos, apoio e experiências que levaram-me a identificar o caminho que segui no meu processo de autonomia e desenvolvimento profissional.

Palavras Chave: autoetnografia, professora universitária, México, viagens acadêmicas

Abstract

Two destinations, only one academic journey

This story begins while I try to organize my thoughts to identify how I came to be in Ho Chi Minh, Vietnam in 2005. As a part-time professor in an institution of higher education, I had neither personal nor institutional resources to make a such an expensive trip to a place so far away. However there were two viewpoints that had led me to think about that possibility: the interesting work being done by an international network of women academics and my childhood desire to travel around the world, which had been born after a trip to Disneyland when I was 12 years old. A tour of these two journeys, illustrates the paths, the support and experiences that led me to identify my way to my personal and professional autonomy and growth.

¹ Dra. en Ciencias en Salud Colectiva. Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
asalinas@correo.xoc.uam.mx



Key words: autoethnography, University professor, Mexico, academic journey

En este escrito me propongo dar voz a dos personajes que en realidad son uno sólo –yo misma–, en diferentes momentos de mi vida: uno de ellos, la adolescente deseosa de viajar y descubrir nuevos horizontes; el otro, la mujer profesionalista interesada en el intercambio académico con sus pares en otros países. Los relatos de ambos se entrelazan para mostrar el contexto que fue construyéndose como antecedente del impensable y trascendental viaje académico a Ho Chi Minh. Empleo este modelo que se ha usado en una experiencia de diálogo colaborativo autoetnográfico (Martinez y Andreatta, 2014), en el cual los relatos sí son contados por dos personas.

El contexto...

Adolescente en su primer viaje fuera del país

Recuerdo que a los doce años, casi 13, en mi tránsito de la niñez a la adolescencia, viajé a Disneylandia en una excursión organizada por la escuela de la hija de una amiga de mi mamá. El fin del ciclo escolar fue el motivo para realizar ese viaje. No olvido el momento en el que fuimos a tramitar el pasaporte colectivo: madres, profesoras, alumnas y una que otra colada –ajena al grupo– como yo.

Con gran esfuerzo, mi madre planeó y dispuso todo, incluido el préstamo de una tarjeta de crédito, para cubrir los gastos que originó esa inesperada decisión.

Afortunadamente para mí, aunque no sé si tanto para mamá –quien se estaba endeudando–, ella no sólo tenía amigas generosas y con mayor solvencia económica que nuestra familia, también contaba con el reconocimiento de ser una persona honrada, lo que fue determinante para conseguir el dinero necesario para el viaje. Ahora sonrío con orgullo al recordar cuando nos comentó – a mis hermanos y a mí– que había encontrado un billete de 20 pesos –muy valiosos hace 40 años– tirado frente a un puesto de periódicos; lo levantó del suelo y lo entregó a la encargada del establecimiento, suponiendo que a ella o a algún cliente se le había caído.





Ante nuestra incredulidad por su ingenua decisión, expresada con ojos excesivamente abiertos y cara de total sorpresa, ella enfática afirmó: *ese dinero no era mío y no tenía porque tomarlo*. Desde entonces era y sigue siendo, para mí, una mujer de palabra y de gran determinación.

Profesionista en su primer viaje a un congreso en el extranjero

Durante muchos años, en la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, mi centro laboral desde 1993, compartí cubículo con una compañera muy querida. Si bien eso podía ser una desventaja, cuando intentaba concentrarme en mi trabajo, especialmente si ella recibía a alguna colega, al final resultó benéfico para mí. Así me enteré de la existencia de la *Women and Health Task Force* (WHTF). Para ser sincera, no obstante la efusividad de mis colegas, la primera, segunda, tercera y quizá cuarta vez que escuché sobre el tema, no hubo ningún eco en mi persona. Hasta que un día me descubrí atenta a esas motivadoras charlas, tanto, que el teclado de mi computadora y mi proceso cognitivo –necesario para desarrollar mi actividad académica–, se dio una tregua justo cuando se abordaba ese tema entre mis colegas.

Acostumbrada durante mi niñez a pasar fines de semana, vacaciones de verano e invierno, así como cumpleaños o celebraciones familiares en el pueblo de mi madre, localizado a dos horas de la Ciudad de México, visitar cualquier otro destino a más de 150 kilómetros de distancia, en esa época, significaba algo completamente fuera de lugar. Cuando intento recordar qué hacía en mis tiempos libres durante mi adolescencia, los recuerdos me llevan a ese lugar en el estado de Morelos, en dónde las calles se convertían en canchas de fútbol, espacios para jugar bateados o encantados, actividad de larga duración, de vez en vez interrumpida



para permitir el libre tránsito de los caballos y uno que otro automóvil. Esa era mi vida con mis primos, primas y hermanos, no había distinción.

Allá también tuve a mis mejores amigas, compañeras de juegos y cómplices de travesuras, mis primas. ¡Cómo olvidar a mi más fiel confidente, mi tía Carmen!, hermana de mi madre, con quien gozaba de su plática y compañía como si fuéramos de la misma edad. En este añorado lugar también mi paladar recibía su recompensa, no faltaba quien me invitara a degustar algún delicioso platillo o “tente en pie”: pozole, tamales de elote, tlaxcales, huauzontles, cecina, mangos con chile² y un largo etcétera. Ahora que lo pienso, no sé cómo podía comer tanto tomando en cuenta mi corta estatura.

Y... cómo olvidar la magia del campo, cuando acompañados de otra hermana de mi mamá toda la chiquillería pasaba un día disfrutando de la naturaleza. El amanecer anunciaba el inicio de nuestro recorrido y el atardecer nuestro regreso a casa. La luz del sol en su trayecto de este a oeste nos mostraba un paisaje diferente: por la mañana el pasto brillaba como oro, en la tarde, un tono de añoranza cubría el lugar. Así transcurrió mi niñez, así mi adolescencia, así era la vida de una “media chilanga”³ como decía uno de mis primos; nacida en la capital, pero querida y aceptada en el pueblo. Por tanto, ahora que lo pienso, ir a los 12 años a un país donde se hablaba un idioma diferente al mío y sin mi familia, resultaba algo extraordinario, extravagante y retador. Rompía con cualquier parámetro de cotidianidad en mi familia, la de aquí, Ciudad de México, y la de provincia.

Tímidamente iba planteando preguntas a mis colegas sobre el grupo, cuyas

² Platillos tradicionales del estado de Morelos.

³ Natural del Distrito Federal. Diccionario de la Lengua Española.



respuestas despertaban más y más mi fascinación. Así me enteré que la WHTF estaba integrada por profesionistas del área de la salud, en su mayoría mujeres, quienes laboraban en instituciones de educación superior y residían en diferentes países: Egipto, Nepal, Uganda, Sudáfrica, Indonesia o Sudán, entre otros. Abordaban temas tan sensibles y preocupantes como la mutilación genital de las mujeres en África o la violencia de género; y entre sus actividades también estaba la organización de talleres en los que exponían los principales problemas de salud de las mujeres en sus comunidades; desarrollaban estrategias de intervención y reflexionaban en torno a las condiciones de desventaja de las mujeres en la mayor parte del mundo. Este grupo se reunía cada año apoyado por la organización Global Health through Education, Learning and Service (GHETS)⁴ en el marco del congreso organizado por la red Towards Unity for Health (TUFH).⁵

Con toda esta información que poco a poco fui captando y procesando, se intensificó mi deseo por asistir a esa conferencia, la idea de conocer los rostros de esas aguerridas mujeres, de tener un intercambio sobre los temas que investigaban; conocer un país al que nunca se me hubiera ocurrido visitar y sobre todo hacerlo desde la vivencia cotidiana de sus habitantes, se convirtieron en importantes motivadores.

Aquel año, 2005, el congreso se llevaría a cabo en Vietnam, en la ciudad de Ho Chi Minh. Así, mi compañera de cubículo y amiga un día me preguntó si me gustaría asistir. Era como si desde hacía tiempo hubiese esperado esa pregunta,

⁴ Organización no gubernamental sin fines de lucro.

⁵ Organización no gubernamental vinculada oficialmente con la OMS





porque inmediata y espontáneamente respondí que sí, pero... había un inconveniente: ¿Cómo haría para solventar ese gasto? Me pregunté si en mi espectro de amistades habría una tan rica y generosa como la que un día apoyó a mi madre para que su hija fuera más allá de las fronteras de su país, y bastante más lejos de las barreras impuestas por nuestra limitada economía y perspectiva de desarrollo cultural e intelectual.

Más apoyos

Mi padre...

Mi padre, si bien no apoyaba la “descabellada” idea del viaje al extranjero de su pequeña de 12 años, tampoco se oponía. Quizá, –aunque no estoy totalmente segura de ello–, su posición fue dejar que la causa de mi madre avanzara, pensando que en algún momento ella se encontraría con un obstáculo que la hiciera desistir, pero no fue así. Mi madre se mantuvo siempre firme en la creencia de que aquella sería una muy buena experiencia para su única hija. Pero él, mi padre, no estuvo distante de mis intereses y decisiones. Al hacer un recorrido por mi memoria lo visualizo apoyándolas: la carrera que quieras, el deporte que desees, la vida que escojas, si quieres tener hijos o no...

Mi pareja...

Mi puesto como profesora investigadora en la universidad aun cuando era de medio tiempo, me permitía solventar mis gastos diarios y darme uno que otro lujo, pero no era suficiente para cubrir el monto total del viaje: inscripción al evento, hotel y avión. No obstante, mi entusiasmo no sólo no decayó, sino que se manifestaba en cualquier oportunidad en las conversaciones con mi pareja. Hicimos un balance económico y consideramos que con ambos sueldos teníamos suficientes recursos para que yo pudiera alcanzar esa





sofisticada meta. Así, entre broma y broma, cuando hablaba con tanta euforia de la posibilidad de realizar ese viaje, y alguien me preguntaba cómo haría para solventar los gastos, refiriéndose a alguna partida presupuestal asignada en la universidad, respondía con gran satisfacción que el financiamiento lo recibiría de la fundación que llevaba por apellido... el de mi pareja.

Con gran entusiasmo él y yo revisamos la página del congreso, indagamos los requisitos para viajar a ese país (visa, vacunas, etc.), las posibles rutas y líneas aéreas que hacían ese largo recorrido. Averiguamos sobre la ciudad, el hotel, la moneda, todo lo que hay que tomar en cuenta en un viaje al extranjero. Nos apretábamos las manos emocionados, solidarios y satisfechos, como si esa aventura la fuéramos a realizar juntos.

Por fin...

Un lugar en Estados Unidos

Recién llegada a los Ángeles California, en un hotel a las 11 de la noche, me recuerdo en medio de una alberca sin saber nadar; la amiga de mi mamá –con quien me había encargado– y su hija estaban descansando en la habitación, donde se supone yo también debería estar. Afortunadamente después de un resbalón y de la inevitable, horrenda y estremecedora sensación de ahogo, mi mano logró alcanzar la orilla de la alberca. Volteé desesperada de un lado a otro, no con el propósito de pedir ayuda, sino para corroborar que no había testigo alguno de mi osadía; salí de la alberca, sana y salva, caminé por los pasillos y al día siguiente pude continuar el recorrido previsto. Hoy me angustio al pensar en el riesgo que corrí en ese momento. Como toda acción tiene consecuencias, esa pequeña desobediencia,





andar deambulando por el hotel a esa hora, me implicó tener que cambiarme de habitación con otras niñas que apenas conocía; la amiga de mi mamá consideró que no podía hacerse cargo de mí en esa situación de insubordinación total.

Una ciudad en Vietnam

El recuerdo del hotel donde se llevó a cabo el congreso en Ho Chi Minh, es el de un lugar majestuoso. Un enorme y fino arreglo floral daba la bienvenida a todo aquel que cruzaba la puerta de entrada; la delicadeza de esas flores parecía acariciar nuestros sentidos. Las jóvenes vietnamitas nos saludaban con una dulce sonrisa luciendo sus delicados atuendos que caían por sus esbeltas figuras; con un trato atento y sutil nos iban conduciendo al auditorio donde tendría lugar el acto inaugural. Mi cabeza giraba discretamente de un lado a otro; ante mis ojos aparecían las mujeres africanas portando los más coloridos y brillantes atuendos que yo haya visto jamás; estos contrastaban con el firme color de su piel oscura generando así un ambiente de alegría natural. Y... qué decir de las mujeres de la India, Afganistán, Bangladés o Pakistán, que vestían una kurta⁶ o un sari⁷ de seda que abrazaba la piel con su fina textura. Sus colores inevitablemente me obligaban a observarlos. En medio de ese espectro de tonalidades, también desfilaron las mujeres con vestimenta negra tapadas de pies a cabeza, las burkas impedían ver sus rostros; mi mirada curiosa e inquisitiva no encontraba ningún reflejo, veía sus caras sin mirarlas, buscaba sus ojos sin encontrarlos. Ese fue uno de los acontecimientos que más me impactó en

⁶ Prenda tradicional llevada en Afganistán, Bangladés, India y Pakistán. Es una camisa suelta que cae hasta los muslos o debajo de las rodillas del portador y es llevada tanto por hombres como por mujeres.

⁷ El sari es un vestido tradicional usado por millones de mujeres del subcontinente indio. Es un largo lienzo de seda ligero.



ese evento, intentaba comprender cómo se vive bajo la oscuridad de esa vestimenta y escondida en la sombra de una identidad incierta. Más tarde, esa experiencia me llevó a reflexionar sobre la represión de la sexualidad en la vida de las mujeres (Salinas, 2007).

Ahora que exploro los recuerdos de ese primer viaje, me doy cuenta de todo lo que en ese momento llamó mi atención: las anchas y largas carreteras, donde circulaban automóviles de diversos modelos y marcas, los camiones amarillos diseñados para el transporte escolar, los espectaculares edificios de gran altura, las calles limpias, los dispositivos para desechar la basura.

Cuando nos trasladaban de un lugar a otro, pegada a los cristales de la ventana del camión, miraba las casas de un sólo piso construidas en amplios terrenos, delimitados con pequeñas cercas de madera. Al reflexionar sobre estas imágenes, ya de adulta, pienso que no sólo disfrutaba mirando esos jardines llenos de flores de colores y adornos originales, e inventando historias sobre la vida de las familias y mascotas que ahí habitaban, también me deleitaba con esa agradable sensación de bienestar, comodidad, seguridad y libertad que me invadía.

Imágenes de lugares espectaculares por su modernidad, originalidad y tecnología, entre ellos los parques recreativos, se disparan en mi memoria. Disneylandia el más llamativo. Difusamente recuerdo la montaña encantada y las cascadas artificiales, pero no olvido la impresión que me causó ver algo así en medio del centro de diversiones. No daba crédito de la cantidad de objetos que estaban en venta en esas tiendas tan creativamente decoradas. Y... ¡Qué decir de los personajes de *Walt Disney!*, el *Pato Donald* estrechándome la mano con gran naturalidad. Quizá a esa edad pensaba que ya tenía un nuevo amigo.



Tuvimos un día libre, así que, los organizadores de la excursión nos dieron a escoger, regresar a Disneylandia o ir de compras. No obstante que no llevaba mucho dinero, opté por lo segundo.

Recuerdo que me sentía contenta de disfrutar de todo lo que estaba viviendo en ese momento, pero no dejaba de hacer comparaciones con “el pueblo de mi madre”. Ahora puedo identificar que me faltaban los ríos fluidos, los arroyuelos, el apantle, y qué decir de la vegetación y la fauna natural; los espacios para correr en libertad, los árboles frutales; las tiendas, lugares donde la sonrisa se intercambia y la plática se convierte en un requisito indispensable. Las máquinas de venta con diferentes productos: periódicos, refrescos, botanas y dulces, no resultaban ni motivantes para platicar ni cercanas a un trato humano. Algo incomprensible y desconocido desfilaba ante mis ojos. Quizá por ser la primera vez que viajaba fuera del país y sin compañía, añoraba la calidez de mi familia y de la gente querida del pueblo del estado de Morelos.

Por fin conocí a ese grupo de aproximadamente 30 mujeres que integraban la *Women and Health Task Force* del que tanto había escuchado. Mi amiga y colega ya había gestionado todo para que me integrara a ese gran equipo, así que a mi llegada recibí una cálida bienvenida. El idioma, ese que a veces aleja, en este grupo congregaba diferentes acentos, unos más comprensibles que otros para mí, pero todos amables y cálidos. Una sonrisa, un apretón de mano, una seña eran herramientas usadas para comunicar; la carcajada ante la confusión se convirtió en un elemento fundamental en nuestras reuniones.

En algunas de las exposiciones de las investigadoras del grupo, se develaba la





pobreza e inequidad que se vivía en sus regiones. La diferencia en el número de mujeres que mueren durante el embarazo o parto entre países como Sierra Leona o Finlandia,⁸ es una evidencia clara de esta desventaja (WHO, 2018).

La colaboración en este grupo, a lo largo de los años, ha dejado huellas importantes en mí, ya sea por el tema de interés o por la metodología empleada en nuestras investigaciones, las cuales me han llevado a mantener el intercambio con mis pares de otros países. Al leer sus artículos imagino sus rostros y el coraje que han tenido para vencer las barreras económicas y culturales con las que se enfrentan (Elmusharaf et al., 2017). Un video que tengo muy presente, al respecto, es el de una agradable y cálida médica de Sudán, con quien coincidí en otras ocasiones en ese mismo congreso. Ella aparecía cantando junto con mujeres de una comunidad; interpretaban la letra de una canción escrita por ellas mismas, cuyo propósito era promover que sus parejas (varones) las cuidaran durante el embarazo (Salih, 2013).⁹ Los caminos, que recorrían eran inhóspitos; y a pesar de la risa y la alegría de las jóvenes, estas manifestaciones no escondían su precaria situación. Las dificultades que se viven en otras regiones del mundo, como en África, no me son ahora, ni tampoco entonces desconocidas. Sin embargo, escuchar esos relatos en la voz de quien lo está sufriendo, me resultaba estremecedor. No había sesión a la que no quisiera asistir. Esa cercanía con el otro que no estuvo presente en mi primer viaje, y que tanto anhelaba, en éste me estrujaba el estómago y el

⁸ En 2015, en Sierra Leona murieron 1360 mujeres por muerte materna por cada 100,000 nacidos vivos; en Finlandia murieron 5.

⁹ Este proyecto se llevó a cabo en el Sur de Sudán, tenía como propósito mejorar la salud reproductiva de las mujeres y de los niños, mediante un método no habitual, en los que se incluían actividades tradicionales de la comunidad como el canto y el baile.



corazón.

El retorno a casa

Mi familia

A mi regreso del viaje me acompañaron unos monos de peluche característicos de *Walt Disney*: un *Winnie Pooh*, bueno, en realidad fueron dos; uno se lo regalé a mi prima menor; un *Mickey Mouse* y una *Mimí*, todos los conservé hasta que salí de la casa familiar. Permanecieron por un largo periodo intocables, sólo como testigos de ese inolvidable viaje. También adquirí un reloj de pulsera que mi hermano mayor tuvo a bien descomponer en su primer intento por descubrir cómo funcionaba el mecanismo interno; algunas prendas de vestir para mi familia, no recuerdo qué más. Lo que sí permanece en mi mente es la alegría y el orgullo con el que mi familia: mamá, papá y mis hermanos, me recibieron a mi regreso, era un acontecimiento especial.

Contrario a lo que yo esperaba no sufrí reprimenda alguna por mi comportamiento rebelde –salirme la primera noche de la habitación–. No obstante que esto le generaría a mi madre un disgusto con su amiga, ella estaba convencida de que lo más importante era que yo hubiera disfrutado y aprovechado ese viaje. Con respecto a mi padre, recuerdo un guiño como muestra de complicidad.

Aun cuando entonces no lo tenía claro, a partir de esa experiencia identifiqué mi gusto por viajar; mi posibilidad como mujer de impulsar mis propios proyectos y, un punto básico, la posibilidad de encontrar eco para llevarlos a cabo. Las razones por las cuales mi madre quiso que yo realizara ese viaje, ante su respuesta, “se presentó la oportunidad”, seguirán siendo un misterio para mí.

Ahora, al cabo de los años concluyo que esa experiencia fue trascendental; en un corto periodo, unos días, hubo una transformación en mí. Sabía que había algo más allá de las fronteras de mi hogar, de mi pedazo de provincia y de mis propias circunstancias. Esa vivencia me motivó para explorar sobre “el otro” y el ámbito en el que se construye: su cultura, su geografía, sus influencias familiares o sociales. Quizá fue ahí donde se transmutó mi deseo infantil de ser guía de turista y me encaminé hacia otra profesión...

Mis colegas

Personas de diferentes continentes se reunieron en ese congreso, diversas culturas y religiones, algunas reflejadas en las indumentarias que cubrían esos cuerpos y rostros, tan extranjeros entonces para mí; hoy, tan cercanos. A algunas de esas mujeres las he vuelto a ver, nos hemos acompañado en otros viajes lejanos, como a Tailandia y Sudáfrica, hemos compartido nuestras investigaciones en los talleres organizados por WHTF. Otras, dejaron en mi memoria sus rostros y las enseñanzas aprendidas, las de la academia y las de la vida.

En este relato autoetnográfico transito de un viaje de niña a un viaje de adulta; de un lugar de diversión a un espacio académico; en ambas experiencias me fortalezo y enfrento nuevas exigencias para mí. Aquí se vislumbran una serie de condiciones que definieron mi camino; una madre, que no sé de dónde, ni cómo, se le despertó la inquietud de motivar a su hija a ir más allá de los límites familiares. Amigas solidarias cuyo discurso transita a la acción. Los hombres en mi camino, apoyadores; mi padre y hermanos orgullosos por mi seguridad para iniciar con esa odisea, y después una pareja presente emocional y económicamente.

La escritura de este relato me deja con una sensación de desnudez, no del cuerpo sino de todo mi ser, un resultado no pretendido cuando inicié la redacción de este documento. Como señala Denzin (2017) la autoetnografía inicia con un evento notable en la vida de una persona y a partir de ahí va hacia delante o atrás en el tiempo. Contar también transforma, no soy la misma del viaje de la infancia y la del viaje académico. Ni siquiera soy la misma que empezó a escribir este texto de la que lo termina ahora.



En este último periodo otra experiencia académica, de más larga duración, en una institución en el extranjero y con un sinfín de vivencias dejó una huella más, pero... esa, esa es otra historia.

Referencias

- Denzin, N. (2017). Autoetnografía interpretativa. *Investigación Cualitativa*, 2(1), 81-90.
- Elmusharaf, K., Byrne, E., Monandhar, M., Hemmings, J. y O'Donovan, D. (2017). Participatory ethnographic evaluation and research: Reflections on the research approach used to understand the complexity of maternal health issues in South Sudan. *Qual Health Res*, 27(9), 1345-1358.
- Martinez, A. y Andreatta, M. (2014). "It's my body and my life": A dialogued collaborative autoethnography. *Cultural Studies ↔ Critical Methodologies*, 15(3), 224-232.
- Salih, H. (noviembre de 2013). "Untraditionally traditional: Rethinking maternal health advocacy in south Sudan." 141st APHA Annual Meeting (November 2-November 6, 2013). APHA.
- Salinas-Urbina, A. A. (2007). La disociación entre sexualidad y reproducción un reto importante para la salud colectiva. En E. Jarrillo, E. Guinsberg. (Ed.). *La salud colectiva en México: temas y desafíos* (pp.171-188). Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- World Health Organization. (2018). *World health statistics 2018: Monitoring health for the SDGs; sustainable development goals*. Ginebra, Suiza: World Health Organization.